

Unidad que edifica y comunión que no gobierna

una defensa bíblica de la autonomía de la iglesia local

Por

Lorenzo Luévano Salas

La confusión entre unidad y comunión no es accidental. Es funcional. Sirve para justificar estructuras que no pueden defenderse bíblicamente por otros medios. Se toma un concepto espiritual amplio, la comunión, y se le exige que cargue con un peso que nunca tuvo, el de sostener una unidad operativa entre iglesias. Es como usar una llave inglesa para hacer cirugía. Algo va a romperse.

La **unidad**, en el Nuevo Testamento, está inseparablemente ligada a la idea de cuerpo. No como metáfora poética, sino como categoría funcional. Un cuerpo no es una asociación de cuerpos. Un cuerpo es una entidad orgánica con una cabeza, miembros, funciones y una misión concreta. Pablo no escribe a “la federación de iglesias de Galacia” como un cuerpo colectivo con órganos distribuidos geográficamente. Escribe a iglesias locales, cada una responsable de su salud interna. Cuando habla del cuerpo en 1 Corintios 12, no está describiendo cooperación entre congregaciones, sino interdependencia entre miembros dentro de una misma congregación. Nadie en Corinto entendió ese texto como una invitación a formar una confederación con Éfeso o Roma. Y no porque fueran menos creativos, sino porque sabían leer.

La unidad, según el apóstol Pablo, es **inmanente**, no **externa**. Opera hacia adentro. Regula la conducta, la doctrina, la disciplina, la cooperación y el uso de los dones dentro de un cuerpo concreto. Por eso el apóstol puede decir que si un miembro sufre, todos sufren, y si uno se goza, todos se gozan. Esa frase no tiene sentido fuera de un marco congregacional. ¿Cómo sufre “toda la federación” si una iglesia local atraviesa una crisis doctrinal? ¿Quién disciplina a quién? ¿Quién decide? El texto no soporta esa elasticidad.

La **comuni3n**, en cambio, es una realidad espiritual que trasciende la geografía y la organizaci3n (cfr. 1 Juan 1:7). Es posible precisamente porque no exige estructura. Los cristianos del siglo primero tenían comuni3n unos con otros sin necesidad de un aparato administrativo comú n. Compartían la misma fe, el mismo evangelio, la misma esperanza, la misma luz. Esa comuni3n se expresaba en hospitalidad, reconocimiento mutuo, cartas de recomendaci3n y ayuda puntual, no en gobiernos compartidos ni en planes centralizados de muchas o todas las iglesias. La comuni3n conecta conciencias; la unidad coordina acciones. Y esa diferencia es decisiva.

El libro de los Hechos nos ofrece ejemplos claros. Las iglesias ayudaron a santos necesitados en otras regiones (cfr. Hechos 11:29; 1 Corintos 16:1-4). Pero siempre lo hicieron como iglesias autó nomas, enviando ayuda directa, sin crear una entidad intermediaria que administrara los fondos de todas. No hubo una “oficina de benevolencia intercongregacional”. Cada iglesia decidi3, cada iglesia envi3, cada iglesia fue responsable de su acci3n. Eso es comuni3n en acci3n, no unidad estructural.

En una ocasi3n, mientras estaba tratando esta cuesti3n con algunos hermanos de varias iglesias en la congregaci3n del Kil3metro 5, aqu í en Ciudad Juárez, un estudiante, o graduado de la llamada “Capacitaci3n Ministerial”, me recalcó que el texto de Hechos 15 era la evidencia de la “unidad entre iglesias”; sin embargo, cuando le pregunté en qué versículo decía que “varias iglesias” estaban reunidas para celebrar ese llamado “concilio”, hasta el día de hoy ese joven no me ha entregado el versículo. La verdad, es que, el llamado “concilio de Jerusalén” suele ser invocado como el comodín organizativo, pero incluso allí el texto se resiste a la lectura supracongregacional. No se estableci3 un 3rgano permanente de gobierno sobre las iglesias. No se cre3 una autoridad central con jurisdicci3n continua para organizar eventos, conferencias o cosa semejante entre iglesias. Se resolvi3 un conflicto doctrinal concreto mediante el testimonio apost3lico, y la decisi3n fue comunicada, no impuesta estructuralmente (cfr. Hechos 15:22-28). Despu3s de eso, cada iglesia sigui3 gobernándose a sí misma. El evento fue excepcional, no normativo. Usarlo como base para una estructura permanente es como justificar un hospital por la curaci3n que alguien hizo en un accidente.

Debemos tener presente, amados hermanos, que la unidad es el medio que permite que un cuerpo realice su propósito con coherencia. Sin unidad, no hay dirección. Sin dirección, no hay misión. Por eso la unidad es indispensable para la iglesia local. Sin ella, el evangelismo se vuelve contradictorio, la edificación se fragmenta y la benevolencia se distorsiona. De hecho, sin la unidad congregacional, la iglesia local simple y sencillamente no puede hacer su obra. Pero esa misma verdad revela el problema de la “unidad entre iglesias”. ¿Cuál es la misión que ese cuerpo compuesto de iglesias pretende cumplir? ¿Quién la define? ¿Quién la ejecuta? ¿Quién rinde cuentas? La Escritura guarda un silencio absoluto, y ese silencio no es accidental, es regulador.

Cuando varias iglesias intentan operar como una sola, se enfrentan a una disyuntiva inevitable. O respetan la autonomía y entonces no pueden actuar como una unidad real, o actúan como una unidad real y entonces sacrifican la autonomía. No existe una tercera vía. Todo intento de “unidad sin autoridad” es retórica. Toda autoridad compartida crea una nueva estructura. Y esa estructura no es la iglesia del Nuevo Testamento, por más versículos que se le peguen como etiquetas.

La comunión permite reconocimiento mutuo sin fusión. La unidad exige coordinación bajo una cabeza visible. Cristo es la cabeza de cada iglesia local, no de una superestructura formada por consenso administrativo. Introducir cuerpos intermedios no honra su señorío; lo diluye.

El problema de fondo no es terminológico, sino teológico. Cuando se redefine la unidad para justificar arreglos humanos, se termina redefiniendo la iglesia misma. Ya no es el cuerpo local completo, sino una pieza de algo mayor. Y eso contradice frontalmente la presentación apostólica de la iglesia local como suficiente, responsable y plenamente equipada para la obra que Dios le asignó.

La unidad no es una virtud expansiva que deba crecer hasta abarcar estructuras cada vez más grandes. Es una disciplina que debe profundizarse dentro del cuerpo local. La comunión, en cambio, sí puede extenderse sin

deformarse, precisamente porque no exige control ni uniformidad práctica. Confundirlas es el error madre de buena parte del institucionalismo moderno.

Entonces, hasta aquí hemos comprado que la unidad bíblica es congregacional, práctica y funcional (cfr. Hechos 11:29). La comunión bíblica es doctrinal, espiritual y relacional. La primera es necesaria para que la iglesia local opere correctamente. La segunda es inevitable entre quienes caminan en la verdad (cfr. 1 Juan 1:7). Mezclarlas no produce mayor fidelidad, sino mayor confusión. Y la confusión, por muy bien organizada que esté, nunca ha sido un fruto del Espíritu.

LO QUE DICE EL NUEVO TESTAMENTO.

Ahora, analicemos lo que dice el Nuevo Testamento sobre la “unidad” y sobre la “comunión”, para que nuestra tesis no quede en meras afirmaciones.

La primera observación decisiva es esta: el Nuevo Testamento nunca usa el lenguaje de “unidad” para describir relaciones operativas entre iglesias locales. Nunca. Cuando el texto habla de unidad, el vocabulario, el contexto y la función siempre apuntan hacia adentro del cuerpo local, no hacia afuera, no hacia arriba, no hacia una red.

1. El vocabulario de la unidad: ἐνότης, εἷς, σύμμορφος.

Tomemos Efesios 4:3 como texto base. El texto dice, “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. El término clave es ἐνότης (henótēs), que literalmente denota unidad, cohesión, condición de ser uno. Es un sustantivo abstracto; pero no flotante. Pablo no lo deja sin cuerpo. Inmediatamente lo encarna, diciendo, “un cuerpo, y un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo”.

Obsérvese el movimiento del texto. Pablo no pasa de “muchos cuerpos a un cuerpo”, sino que parte de la realidad de un solo cuerpo y exhorta a vivir conforme a esa realidad. Ese cuerpo no es una “super-iglesia compuesta de congregaciones”, o cierta “iglesia” abstracta. Es el cuerpo concreto al que pertenecen los destinatarios de la carta. El imperativo “guardar” (τηρεῖν) presupone algo que ya existe y puede romperse por actitudes internas, tales

como la soberbia, la contienda, la falsa doctrina o la carnalidad. Todas esas son realidades locales. Nada en Efesios 4 exige ni sugiere un mecanismo “intercongregacional”. Al contrario, el texto exige virtudes personales, tales como humildad, mansedumbre y paciencia. Nadie puede ejercer humildad “entre iglesias”. Eso no es una categoría bíblica. Las iglesias no se arrepienten. Las personas sí.

Entonces, cuando Pablo habla de “un cuerpo”, lo hace siempre con implicaciones orgánicas, tales como miembros, funciones, dones, crecimiento. Eso solo tiene sentido dentro de una congregación local funcional. El cuerpo no es una metáfora para cooperación administrativa, sino para vida compartida bajo un mismo gobierno espiritual (cfr. Hebreos 13:17).

2. La unidad amenazada desde dentro (1 Corintios 1, 12).

En 1 Corintios 1:10, Pablo ruega que “no haya entre vosotros divisiones”. El verbo es **σχίσματα** (schísmata), literalmente rasgaduras. ¿Dónde se producen? Pablo dice, “entre vosotros”. ¿Por qué? Por partidos internos, lealtades personales, orgullo doctrinal. Nadie en Corinto estaba proponiendo una “unidad entre iglesias”. El problema era exactamente el opuesto, la desintegración interna del cuerpo local. Y Pablo no responde sugiriendo una estructura mayor que los absorba para disciplinarlos desde fuera. Les exige arrepentimiento, corrección y sometimiento al diseño interno del cuerpo.

En 1 Corintios 12, Pablo profundiza la metáfora del cuerpo. El lenguaje es anatómico, no diplomático. Ojos, manos, pies. Ninguno de esos términos puede estirarse honestamente para significar “congregaciones”. Pablo no está diciendo que una iglesia es “ojo”, y otra “mano”, y otra “pie”. Semejante lectura es una violencia textual. El argumento es claro, dado que Pablo indica que la unidad es la condición que permite que un cuerpo local funcione correctamente. No es una aspiración externa; es una necesidad interna.

3. El lenguaje de la comunión como participación, no como fusión.

Ahora pasamos a la comunión, y aquí el vocabulario cambia por completo. El término dominante es **κοινωνία** (koinōnía), que significa participación, compartir, tener algo en común. Es relacional, no estructural. Describe una realidad compartida, no un cuerpo operativo único.

Primera de Juan 1 es fundamental. Juan dice que, si andamos en luz, tenemos comunión unos con otros y con el Padre y con su Hijo. El orden es teológico, no organizacional. La comunión surge de una verdad compartida, no de una autoridad compartida.

Es crucial notar esto. Juan no define la comunión en términos de decisiones conjuntas, planes comunes, presupuestos compartidos o liderazgo coordinado. La define en términos de luz, verdad, confesión y fidelidad doctrinal. La comunión es incompatible con el error, pero no exige una estructura visible común.

Por eso puede existir comunión entre creyentes dispersos geográficamente, incluso entre iglesias, sin que exista unidad organizativa. Comparten la misma fe, no la misma administración.

4. Hechos 2:42 y el error de leer “comunidad” como “corporación”.

Hechos 2:42 suele citarse para justificar todo tipo de arreglos colectivos. Pero el texto dice que los creyentes perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.

El contexto es una iglesia local naciente, no una red intercongregacional. La comunión aquí describe la vida compartida de los santos en Jerusalén. No hay múltiples iglesias coordinándose. Hay una iglesia viviendo junta. Leer este texto como precedente para mesas directivas modernas es una anacronía grave.

5. Filipenses 1:1 como frontera lingüística.

Filipenses 1:1 es uno de los textos más devastadores contra cualquier noción de unidad supralocal estructurada. Pablo se dirige a “los santos... con los obispos y diáconos”.

El griego no deja espacio para una autoridad adicional. Pablo no dice, “y el comité”, “y la mesa coordinadora”, “y la junta misionera”. El orden es completo. Cerrado. Suficiente. Lingüísticamente, el texto presenta una estructura exhaustiva, no parcial. Todo lo que gobierna y sirve en la iglesia local está ahí. Cualquier intento de añadir otro nivel es una adición extratextual. La

organización más grande que enseña el Nuevo Testamento es la iglesia local. Cualquier otra, es hablar donde la Biblia no habla.

6. Diferencia conceptual.

La unidad en el Nuevo Testamento es interna, funcional, práctica, orgánica y necesaria para la obra local. Por su parte, la comunión es doctrinal, espiritual, relacional, extensible; pero no estructural.

Confundirlas no es un error menor. Es cambiar la eclesiología desde la raíz. La unidad exige gobierno común que sea visible, concreto, terrenal; la comunión no. La unidad regula la práctica; la comunión reconoce y vive la verdad. La unidad pertenece al cuerpo local; la comunión pertenece a todos los que caminan en la luz.

Cuando alguien exige “unidad entre iglesias”, en realidad está pidiendo algo que el lenguaje del Nuevo Testamento jamás autoriza. Y cuando ese vacío se llena con comités, mesas, juntas o iglesias patrocinadoras, no se está preservando la unidad bíblica. Se está reemplazando. ¡No es la unidad del Espíritu! ¡Es un esfuerzo humano fallido!

La Escritura no necesita ser complementada con creatividad organizativa. Necesita ser obedecida con humildad textual. Y en este punto, el texto no es ambiguo. Somos nosotros los que, a veces, lo somos.

LA REALIDAD HISTÓRICA.

Ahora entramos al terreno donde la historia deja de ser “curiosidad” y se vuelve acusación. Porque esta idea de “unidad entre iglesias” no nació como un capricho académico, sino como una solución práctica a un problema real. Y como casi todas las “soluciones prácticas” cuando no están amarradas al texto sagrado, terminan volviéndose un problema más grande que el que prometían resolver.

La trayectoria es tristemente coherente. Primero se cambia el significado de la unidad, luego se inventa un mecanismo para “hacerla posible” entre congregaciones, y al final ese mecanismo se vuelve autoridad. La autonomía local se erosiona, la unidad local se rompe, y lo que queda es una estructura nueva con lenguaje bíblico pegado encima como etiqueta de “santo”.

El Nuevo Testamento muestra iglesias que tienen comunión sin convertirse en una sola unidad operativa. Comparten fe, doctrina, esperanza y reconocimiento mutuo. Se recomiendan hermanos (como práctica natural del cuerpo universal), se reciben predicadores, se ayudan en ocasiones específicas. Eso es comunión. Es una realidad espiritual expresada en actos, pero sin necesidad de una maquinaria administrativa supralocal.

La “unidad entre iglesias”, en cambio, exige otra cosa. Exige una forma de operar como si varias congregaciones fueran una sola entidad funcional. Y ahí ocurre el salto mortal, porque esa unidad ya no es moral ni doctrinal, sino organizativa. Para que exista, debe existir una coordinación estable. Y para que exista coordinación estable, debe existir un centro de decisión. Y para que exista un centro de decisión, debe existir, en la práctica, una autoridad a la que las iglesias se alinean.

Ese es el punto donde, en nombre de la unidad, se rompe la unidad real que Dios diseñó, que es la unidad interna del cuerpo local bajo su propio gobierno (cfr. Hechos 14:23; Filipenses 1:1; 1 Corintios 1:10).

¿Cuál fue el resultado de esa “unidad entre iglesias”? Antes incluso de llegar al Movimiento de Restauración, la historia eclesiástica ofrece un ejemplo contundente del resultado de la llamada “unidad entre iglesias”. El institucionalismo, en su expresión más desarrollada, se manifiesta en la Iglesia Católica Apostólica y Romana, cuyo gobierno centralizado en el Vaticano ejerce autoridad sobre comunidades de creyentes en todo el mundo. Esta entidad no es una iglesia local, sino una estructura supralocal de gobierno religioso. Su existencia no es una anomalía histórica, sino la consecuencia lógica de haber abandonado la unidad congregacional diseñada por Dios y haberla reemplazado por una unidad estructural entre iglesias. Lamentablemente, muchos cristianos, movidos por el entusiasmo que despierta el lenguaje de la “unidad”, no consideran con suficiente rigor las implicaciones históricas y doctrinales de ese principio, ni los frutos que inevitablemente produce cuando se le permite desarrollarse sin freno bíblico.

Luego llegamos a 1849, cuando la “cooperación” se volvió estructura. En el Movimiento de Restauración del siglo XIX, el debate sobre sociedades

misioneras fue el laboratorio donde se incubó esta confusión. En 1849, en Cincinnati, se formó la American Christian Missionary Society (ACMS) y se eligió a Alexander Campbell como presidente (aunque no estaba presente en esa reunión). El hecho es simple. Se creó una organización que no era “una iglesia local”, y sin embargo se alimentaba del impulso, la cooperación y los recursos de iglesias locales. Sus defensores la veían como un vehículo eficiente para cumplir la Gran Comisión. Sus opositores veían, con razón, que se estaba sustituyendo a la iglesia por un instrumento ajeno al patrón apostólico, y que esa sustitución terminaría formando un nuevo centro de poder. El propio resumen histórico de la controversia reconoce que muchos consideraron que estas organizaciones no estaban autorizadas por la Escritura y que comprometían la autonomía congregacional.

Aquí se entiende el mecanismo del error. La necesidad (evangelizar) es legítima. El deseo (cooperar) es natural. El método (crear una entidad por encima o al lado de la iglesia local) es lo que no aparece en el Nuevo Testamento. Y cuando el método no está autorizado, no importa cuán noble sea el fin. El fin bueno no bautiza el medio extraño. Históricamente, el establecimiento de la ACMS no produjo “más unidad” dentro del movimiento. Produjo división. Y no porque la gente odiara el evangelismo, sino porque la organización creada para impulsarlo exigía una clase de “unidad” que ya no era bíblica. Y alineación estructural, sin el patrón, es otra palabra para control.

Una vez que existe una organización extra-congregacional, esta necesita sostenerse. Debe recaudar, administrar, planear, designar, supervisar. En otras palabras, debe funcionar como cuerpo. Pero no puede hacerlo sin cabeza visible. Y así aparece la “mesa directiva”, el comité, el órgano representativo, la convención, el secretario, el tesorero. No es un accidente. Es una consecuencia.

Ahora, lo que dice el Nuevo Testamento es innegable, enseñando la organización necesaria y de origen divino que todos conocemos, siendo esta el cuerpo de ancianos y diáconos con los santos (cfr. Filipenses 1:1). Lo que no muestra es una segunda capa de estructura para coordinar iglesias como si

fueran una sola. Cuando se crea esa segunda capa, lo que se crea no es “más iglesia”, sino otra cosa.

Incluso análisis históricos del movimiento reconocen que antes de 1849 no existía una estructura conectiva formal entre iglesias del movimiento, y que la convención de 1849 marca el inicio de ese tipo de conexión estructural.

Ante esta realidad histórica, para 1906, tenemos una división que no fue accidental. No es casual que el conflicto por sociedades misioneras, junto con otras innovaciones, terminara siendo factor de separación visible dentro del movimiento. Se trataba de dos eclesiologías en choque, una congregacional, otra progresivamente denominacional. Fuentes históricas del movimiento identifican la controversia por organizaciones centralizadas (como sociedades misioneras) como un factor relevante en la ruptura entre iglesias de Cristo y la llamada Iglesia Cristiana Discípulos de Cristo.

Y aquí aparece una ironía amarga, pues mientras que la “unidad entre iglesias” prometía armonía, su costo real fue multiplicar los motivos de ruptura. Porque cuando se introducen estructuras, se introducen jurisdicciones. Y cuando introducen jurisdicciones, introducen choques.

Lamentablemente, muchos de nuestros hermanos no aprendieron de los dos frutos amargos que en el pasado nacieron de la “unidad entre iglesias”. Pues luego de la Sociedad Misionera, llegamos a la creación de la Iglesia Patrocinadora, otro intento de activar, y así, de unificar a las iglesias para que obren como si fueran una sola y gran iglesia.

Muchos, ya escaldados por la polémica de las sociedades, buscaron una alternativa “menos denominacional”. Y nació el arreglo de la iglesia patrocinadora (sponsoring church). Ellos creyeron que en vez de una junta externa a una iglesia local, dicha junta estuviese dentro de una iglesia local, mediante sus ancianos, para “patrocinar” un proyecto mayor, recibiendo fondos de otras iglesias para ejecutarlo. ¡Unidad! Pero no la unidad bíblica. Esta idea errónea tiene un sonido más bíblico porque hay ancianos de por medio. Pero el problema no se fue. Solo cambió de traje.

Históricamente, este modelo se asocia con el surgimiento y expansión en iglesias de Cristo de arreglos de cooperación centralizada entre fines de los

40 y los 50, y se volvió una causa mayor de división en el siglo XX. El ejemplo clásico, por su alcance, es el Herald of Truth, iniciado como ministerio desde la iglesia de Highland (Abilene, Texas) a inicios de la década de 1950, con alcance nacional en radio y televisión, sostenido por contribuciones de miles de iglesias.

El patrón práctico se repite como copia al carbón, donde muchas iglesias mandan fondos, una iglesia administra, sus ancianos supervisan, y el proyecto se presenta como “obra de muchas iglesias en unidad”. Pero esa “unidad” ya no es la unidad bíblica del cuerpo local. Es unidad financiera y operativa entre congregaciones bajo un liderazgo concentrado. Y esa concentración, por definición, afecta la autonomía, porque una iglesia deja de decidir plenamente el uso directo de sus recursos para su obra propia y los canaliza hacia una obra que, en la práctica, está controlada por otro cuerpo de ancianos. A partir de ahí, el conflicto fue inevitable. No solo por la cuestión del método, sino por el efecto espiritual. Cuando algunas iglesias se convierten en centros, y otras en sustentadoras, la fraternidad se transforma en dependencia. La comunión se transforma en alineación. Y la cooperación se vuelve un termómetro de “fidelidad”, lo cual es una manera sofisticada de decir, “si no te sometes al plan, estás fuera de la unidad y a favor de la división”.

Esa clase de presión no preserva la unidad local. La rompe. Porque introduce lealtades externas, agendas importadas y un poder indirecto que compite con el gobierno local. ¿Y al final qué tenemos? La “unidad entre iglesias” no solo amenaza la autonomía local; sino que, en la práctica, suele terminar violando la unidad local. Porque fuerza a la congregación a dividirse entre quienes quieren alinearse con el proyecto supralocal y quienes ven el peligro doctrinal del método. El resultado no es “más comunión”. Es fractura.

La historia lo muestra con claridad, la controversia por el papado dividió, la controversia por sociedades misioneras dividió; el arreglo patrocinador dividió; el institucionalismo dividió. Y lo trágico es que cada etapa fue vendida con el mismo eslogan: “es por un buen propósito, es por la unidad”. Sí, claro. También la torre de Babel era un gran proyecto comunitario. Pero Dios no evalúa la grandeza del propósito con el termómetro de la eficiencia humana, sino con la vara de su voluntad revelada.

El Nuevo Testamento no enseña que “la iglesia local” es más fiel cuando se vuelve más grande estructuralmente. Enseña que es fiel cuando permanece dentro del orden que Cristo dio. Cuando inventa un orden paralelo, aunque sea para “hacer más”, en realidad hace otra cosa, reemplazando el instrumento divino por un instrumento humano. Y ese reemplazo, aunque se maquille con palabras como cooperación, alianza, unidad, estrategia o visión, siempre tiene el mismo ADN pervertido, una organización distinta a la que el Espíritu describió y autorizó (cfr. Hechos 14:23)

CONCLUSIÓN.

El problema de fondo en todo este debate no es la cooperación, ni el evangelismo, ni la benevolencia, ni siquiera la eficiencia. El problema es la autoridad. O mejor dicho, la fuente de la autoridad. Porque toda estructura, toda organización y toda práctica eclesial responde, consciente o inconscientemente, a una pregunta previa: ¿quién tiene derecho a decidir cómo se hace la obra de Dios?

El Nuevo Testamento responde esa pregunta de manera incómodamente simple. Cristo gobierna su iglesia por medio de su palabra revelada. Y esa palabra no es una colección de ideas inspiradoras, sino un patrón. No en el sentido mecánico que algunos caricaturizan, sino en el sentido normativo que los apóstoles asumieron sin pedir disculpas.

Cuando Pablo dice que no debemos “ir más allá de lo que está escrito”, no está defendiendo una espiritualidad minimalista ni una fe temerosa de pensar. Está estableciendo un límite. Y los límites no existen porque el bien sea malo, sino porque incluso el bien puede hacerse mal cuando se hace fuera de la voluntad de Dios.

Aquí es donde el silencio del Nuevo Testamento cobra peso teológico. No todo silencio es permiso. De hecho, en asuntos de organización y gobierno, el silencio es restrictivo, no expansivo. Si Dios especifica qué es la iglesia local, cómo se gobierna y quién la sirve, ese diseño excluye otras formas que no fueron reveladas. No porque sean intrínsecamente inmorales, sino porque no forman parte del instrumento que Dios escogió.

El argumento de que “la Biblia no prohíbe explícitamente” las sociedades, mesas directivas o arreglos patrocinadores es, en el fondo, un argumento contra toda autoridad revelada. Con ese mismo razonamiento se puede justificar cualquier estructura religiosa imaginable, siempre que no exista un versículo que diga literalmente “no harás esto”. Pero el Nuevo Testamento nunca funcionó así. Los apóstoles no esperaban prohibiciones exhaustivas; se movían dentro de lo que había sido enseñado, ejemplificado y autorizado.

La iglesia local, según el Nuevo Testamento, no es un ladrillo que espera ser integrado en un edificio mayor diseñado por estrategias posteriores. Es un cuerpo completo, con cabeza, miembros, funciones y responsabilidad. Cuando se la trata como una parte incompleta que necesita ser “potenciada” por una estructura superior, lo que se está diciendo, aunque no se admita, es que el diseño divino no basta.

Y ahí se cruza una línea peligrosa. Porque en nombre de la unidad se crea una estructura que no tiene ancianos establecidos por Dios sobre ella. En nombre de la cooperación se establece una autoridad que no responde a la congregación local. En nombre del progreso se pide a iglesias que cedan decisiones que Dios les dio directamente. Y todo eso se hace sin un solo texto que lo autorice, pero con muchos textos que lo contradicen por implicación.

El resultado histórico ya lo vimos. Donde se impuso la unidad supralocal, se debilitó la unidad local. Donde se creó coordinación externa, se erosionó el gobierno interno. Donde se exigió alineación institucional, se rompió la paz congregacional. La historia no es neutral. Testifica contra la creatividad humana que se aleja de la voluntad de Dios.

Pero más grave aún es el resultado espiritual. Cuando la iglesia aprende a confiar más en estructuras que en el orden revelado, empieza a medir la fidelidad por la participación en proyectos, no por la obediencia al texto. Empieza a llamar “divisionismo” a la resistencia doctrinal, y “espíritu sectario” a la convicción bíblica. Y en ese clima, la unidad y la comunión dejan de ser fruto del Espíritu para convertirse en exigencias administrativas.

La unidad bíblica nunca se impone desde fuera. Se cultiva desde dentro. Nace del sometimiento personal a la verdad, no de la adhesión institucional

a un plan. Por eso puede existir en congregaciones locales, aunque sean pobres y desconocidas, sin plataformas ni presupuestos compartidos. Y por eso desaparece incluso en organizaciones grandes cuando el texto deja de ser el límite.

La comunión seguirá existiendo mientras la verdad sea amada. La unidad local seguirá siendo posible mientras la autoridad de Cristo no sea desplazada por la creatividad humana. Pero cuando se confunden estos conceptos, y se les obliga a sostener estructuras que el Nuevo Testamento no conoce, lo que se pierde no es eficiencia, sino fidelidad. Y esa pérdida, aunque venga acompañada de buenas intenciones, nunca ha sido aceptable delante de Dios. Porque al final, la pregunta no es si la organización funciona. La pregunta es si pertenece al diseño de Aquel que compró la iglesia con su sangre. Y en ese tribunal, la buena intención no sustituye a la obediencia, ni la unidad artificial puede reemplazar la unidad que el Espíritu produce cuando se respeta el orden revelado. Ese es el punto final. No es cómodo. No es popular. Pero es bíblico. Y eso, para quien todavía cree que la iglesia no nos pertenece, debería ser suficiente.

Ω

VOLVIENDO A LA BIBLIA

www.volviendoalabiblia.com

26 de diciembre de 2025

Copyright © 2025 Lorenzo Luévano Salas

Se autoriza la distribución gratuita de esta obra por cualquier medio de comunicación, citando la fuente y sin alterar su contenido

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.